

LA ESCUELA COSTARRICENSE



EN ESTE NUMERO:

ESPONTANEIDAD Y DISCIPLINA

TRABAJO DEL

LIC. DON VICTOR MANUEL CAÑAS

10952 - IMPRENTA NACIONAL - 1935

LA ESCUELA COSTARRICENSE

REVISTA PEDAGOGICA MENSUAL

Organo de la Secretaría de Educación Pública

Director: MOISES VINCENZI

AÑO III

San José, C. R., 15 de setiembre de 1935

Nº 33

EDITORIAL

El triunfo extraordinario obtenido por el Lic. don Víctor Manuel Cañas con su "Martí o de la Patria", en las páginas de "La Escuela Costarricense", nos impulsa a darle publicidad en ellas a un nuevo ensayo en que las facultades del ilustre escritor nacional nos ofrecen un nuevo y no menos interesante aspecto de su poderosa mentalidad: el titulado "Espontaneidad y Disciplina".

Si el "Martí" ha sido considerado por la crítica más exigente como un modelo en su género; y a más de ello, como una pieza aplicable a la índole de nuestra revista, por la pureza y la diafanidad de los ideales que exalta, "Espontaneidad y Disciplina" puede considerarse tan finamente escrito como el primero y más concretamente aplicable a las tendencias educativas, no sólo de Costa Rica: también de toda la América Hispana.

En el "Martí o de la Patria", nos regala Víctor Manuel Cañas con un ensayo literario que bien podría firmar, entre lo mejor de lo suyo, el mismo Apóstol cubano. No obstante, en esa obra aparece el autor dentro de su modalidad literaria de modo casi exclusivo, aunque visto en otra forma, en obras de tal envergadura no se pueda deslindar, por entero, al artista del pensador. De todas suertes, en la obrita que ofrecemos a la consideración del público, es el pensador quien aparece, a todas luces, en el primer plano.

No hablemos del estilo de "Espontaneidad y Disciplina", puro, elegante, recio y conciso, como el del "Martí". Nos interesan, en extremo, en el desarrollo del ensayo, las ideas renovadoras que alienta magistralmente el autor.

Los maestros encontrarán en el decurso de la obra un análisis muy tendencioso, aunque rápido, del ambiente espiritual de la América. Pocas veces tenemos oportunidad de leer estudios americanos de tal índole. Y por esto la importancia de la tesis sostenida en la obra tiene, a nuestros ojos, el valor de un manifiesto escrito por un verdadero maestro de las letras de América.

Considere el público si "La Escuela Costarricense" está realizando, como se lo propuso desde un principio, un programa monográfico de trascenden-

cia verdaderamente definitiva. La revista ha publicado ya algunos números que han podido revelar a la Nación, de cuánto es capaz la pluma de algunos intelectuales costarricenses.

Si no hubiéramos tenido el valor de sostener nuestra actitud frente al combate de los interesados en destruirla, Costa Rica habría perdido la oportunidad de cooperar con los elementos suyos, en la elaboración de nuestra nacionalidad espiritual.

Excelentes números se han publicado en varios órdenes intelectuales que, como el relativo a las monografías de Víctor Manuel Cañas, prestigian nuestras capacidades creadoras.

Sólo nos queda, para terminar, hacer fe de nuestro más fervoroso reconocimiento, a los colaboradores que se nos han acercado con objeto de ayudarnos a llevar a buen término, esta empresa patriótica de descubrir a los ojos de todos, los méritos efectivos de la República.

La Dirección

Espontaneidad y disciplina

Afirma Maeztu, repitiendo una tesis de Platon: cuando las fuerzas gobernantes de un pueblo se interesan por las cosas que conciernen a sus hombres más capacitados, ese pueblo progresa; pero cuando esas fuerzas cesan de interesarse por ellas, ese pueblo decae.

Esta afirmación, que el ideólogo español sintetiza diciendo: "que los pueblos progresan cuando producen hombres inteligentes y los amparan con la fuerza gobernante", ha tenido entre nosotros realidad, en un acuerdo tomado por la Junta de Directores en la asignatura de Castellano. Se ha dispuesto encargar a cada uno de los técnicos en la materia—con la venia del Ministro del ramo—la redacción de monografías metodológicas en Gramática, Ortografía, Recitación, Lectura, Literatura y Composición, unificadoras de la enseñanza idiomática nacional. Al Profesor don Moisés Vincenzi le ha correspondido entre otros la especial que se refiere a la Composición; al Profesor don Napoleón Quesada la de la Gramática; y así, a algunos de los maestros o pedagogos que dicen sus lecciones en los centros educacionales del país. Y a estas horas ya la tienen realizada los que aquí se citan, en un trabajo de observación personal y de sinceridad, en el

que han puesto en práctica las experiencias de su faena profesoral. De esa forma se ansían reunir los pabilos que encendidos alumbren la oscuridad densa del sendero. Y aun cuando parezca increíble, este alcance, es halagador y oportuno, sobre todo donde existen prometedoras potencias de estudio, frutos diversos de saber y realidades tangibles de experiencia.

Pero hay algo—¡pensamos nosotros!—que ha escapado a la meditación y al estudio de quienes se activan en esa labor: algo que es como el coronamiento del edificio que se erige y que es menester llevar a término con las monografías. Se trata de la publicación de una *antología americana de prosistas* que, al tiempo que sea un texto oficial de los colegios, constituya por sí instrumento didáctico de primer orden, capaz de instruir y educar al alumno, y permitirle, en la lectura de buenos modelos, escoger lo que es propio y permanente de cada época, de cada escritor y de cada página, con seguridad y madurez, con destreza y acierto. Así, sobre cada acto, sobre cada autor, sobre cada escrito literario, procede redactar lo que constituye su valor esencial y su genio: los hechos de la Literatura (diálogo, discurso, tratado, ensayo o sinfonía; la personalidad de los autores; las características del hecho y del autor; la tendencia o movimiento especial que los distingue): lo que, sobre afirmaciones perentorias y caducas, es firme y estable, capaz de constituir tradición efectiva que luego, con el andar del tiempo, fije y dé base a una etapa definida de la Historia. Claro está que eso es difícil, tratándose

como se trata de cuestiones en que, lo circunstancial de la vida, entra por mucho; pero debemos confiar en que la sugestión o estímulo que cada trozo o cada obra enciendan en profesores y alumnos, tengan la inspiración y fuerza suficientes que los acerquen cada vez más al tipo ideal particular que les corresponde. Una antología americana hecha con "curiosidad afectiva", en la que se siga, hasta donde se pueda, los pasos de la tradición continental a través de la literatura vernacular que indudablemente hemos tenido hasta el presente: una antología que, en la reproducción de trozos selectos y en la redacción de notas al margen de cada autor, diga de la orientación que tomó la lengua en su fondo originario e imaginario, desde el comienzo de la conquista hasta llegar a la época actual en que fluidez, eficacia, ductilidad y riqueza han constituido el patrimonio de la pluma americana.

Existe un hombre en América que tiene una tradición original y que al momento ha dado una literatura *autónoma*, estrictamente castiza: un hombre que responde, sin sumisión a su raza; exalta sus héroes con vehemencia; canta su tierra con original belleza, y dice su verdad en forma diferente de la de sus progenitores. Si hay en su espíritu una idea central netamente española de que no puede librarse sin menoscabo de su yo natural, las condiciones de fortaleza, método y precisión que él pone en su esfuerzo, lo acercan, más que al instrumento secular del arte europeo, al susurro de la montaña ubérrima. . . Y si hay pinos que requieren quizás el descuaje, de trecho en trecho van creciendo, con viril frondosidad, los cedros nuevos.

De ahí que los americanos, en sus relaciones ideomáticas con los españoles, tengan conciencia de que su habla compatriota no es idéntica; y si existe entre ellos un proceso de cruce o mestizaje visible, en cuyo fondo se extiende un léxico, una sintaxis y una fonética reveladores de un complejo distinto del habla peculiar de España, ambos pueblos se empeñan en vivir una individualización definida, con fortaleza y prepotencia tales, que, todo intento de unificación entre ellos, no es sino un medio efectivo de fracaso. Y es que, no existe, no puede existir, solidaridad en cuanto a la causa de la lengua, donde la Academia se opone a considerar como real, efectivo y legítimo el derecho que asiste al idioma neoespañol para imponer en el Diccionario oficial un sinnúmero de voces de formación lógica que responden al trasformismo evolutivo del momento. Y si hay que reconocer que la lengua ibera es el elemento eterno, la forma expresiva de aquello que es común a ambos pueblos, no se debe olvidar que, los provincialismos, los términos de los idiomas aglutinantes indígenas y, sobre todo, los modismos del azteca o nahualt, del quechua, del chibcha, del mosquito, del chorotega, del talamanca, del guaraní, del araucano, del haitiano, etc., que tanto han alarmado a los campanudos académicos y a su ortodoxia, forman una tendencia más cosmopolita, en el sentido de que, su actividad, es más modernizante de los factores que han entrado en la actual civilización. Menos gárrulo y remirado que el viejo idioma de nuestros ascendientes, es más desplazante de los valores ciertos que estimulan la época. Menos prístino si se

quiere que la lengua de Cervantes, se adapta mejor al fondo ideal manifestante del tipo americano; y, sobre todo—ya lo hemos dicho!—al fondo real progresivo del cientifismo alcanzado.

Hay que recordar que, en América, no es el español el único factor étnico que ha contribuido a realizar el sesgo actual de la civilización: en ella han entrado y siguen entrando no sólo todos los idiomas europeos con sus avances y cultura, sino también los autóctonos, en función de los sucesos políticos y literarios conterráneos que se suceden. Por ello, el exclusivismo purista del castellano debe ceder ante la independencia mental e idiomática de estas naciones de fisonomía espiritual propia y legítima. Claro que nada se opone a que el caudal que en cada parte subsiste se gramatice conforme a las reglas oficiales hasta donde sea posible, atendiendo no sólo a las leyes de economía fisiológica y analógica, que son clásicas, sino también al fondo originario e imaginario de cada pueblo. Y así, cada fenómeno—vocabulario, morfología y construcción—seguirá su propio progreso evolutivo.

¿Qué razones hay, por ejemplo, para que la Academia se niegue a admitir vocablos como *estampida*, *esculcar* (registrar los bolsillos), *desentejar* y *espernancarse*, que superan o están más conformes con el uso antiguo que *estampía*, *espiar* o *inquirir*, *destejar* y *esparrancarse* o *despatarrarse*? ¿O cuál para que la docta institución no acoja *ahuevar* (ahuecar), *enguatusar* (engañar con halagos), *durmiente* (traviesa), *derecho* (afortunado o dichoso), *espisuñarse* (despepitarse), *ente-*

char (techar), *empavonar* (pavonar), *enfrentarse* (oponerse), *aprovisionar* (avitualar), *bocón* (difamador), *buenazo* (bonazo), *carón* (carigordo), *cobija* (frazada), *cuerpazo* (corpazo), etc. etc., tan castizas y bien formados como sus equivalentes? ¿Qué puede oponerse a que se admita *almadiarse* (marearse o emborracharse), *repostada* (patochada), *pararse* (ponerse en pie), *esquitarse* (desquitarse), *estacarse* (punzarse), *enflorar* (florear), si son usuales en los clásicos? ¿Por qué no admitir palabras tan bien derivadas como *malcriadez* (de malcriado), *despretinar* (romper la pretina)? ¿Por qué no aceptar *garañón* (aplicado al caballo), *azucarera* (femizando azucarero), *comodidoso* (amigo de proporcionarse comodidades), *atiparse* (atiborrarse), *embrocar* (poner boca abajo), *atravesar* (comprar por mayor para revender), *correntada* (corriente fuerte), *caballitos* (tío vivo), *alunarse* (aplicado a las mataduras de los caballos), etc., tan expresivos por ellos mismos? Cómo no aceptar *estampilla* para distinguir lo que entendemos por sello de correo? ¿Y *enchilar* si se ha admitido enchilada? Y en fin—para poner término a una enorme lista de palabras que podrían enriquecer el diccionario oficial—¿por qué no admitir nuestro *empotrerar* (encerrar en potreros los caballos) tan gráfico en su expresión; *corrongo* (mono, simpático, gracioso, lindo), *corronguera* y *corronguísima*, de sentido tan amable y de tan ponderada realidad?

Son cosas que encocoran y hacen pensar que los americanos tienen motivo y razón de buscar su independencia.

Los pueblos de América sienten la necesidad de individuar y nacionalizar la lengua: la íntima necesidad de formar un verbo diferente y apropiado. La desmembración del castellano (nadie habrá de dudarle) ha de ser un hecho. Porque en todo esto obra no solamente el progreso de las ciencias, materia del Arte, sino también las transformaciones políticas observadas, que son historia viva.

*

* *

El modernismo ha venido a poner en manos de los artistas de América la bandera tricolor y el gorro frigio de su libertad literaria; y así, tras un acto revolucionario y fecundo por su naturaleza misma, ha activado un movimiento espiritual distinto: ha traído en el fondo—sin paganismo—la resurrección de la Grecia antigua, del Renacimiento italiano y de los Siglos de oro españoles. Es de notar que, esa manifestación, es un avance en nada reñido con el clasicismo de las viejas edades: sí “con aquellas limitaciones que el pseudo-clasicismo del siglo XVIII impuso y que el romanticismo no se atrevió después a desterrar”. Iniciado por Martí, Gutiérrez Nájera, Silva, Darío y Julián del Casal, ha sido un factor de evolución constante y un medio impulsivo de primer orden en el avance del americanismo que hoy se vive, y que en nada ha menoscabado el tronco secular que fué su aborigen. Producto directo de la pasión romántica, de la aristocracia parnasiana y de la libertad y armonía con-

quistadas por los simbolistas, el modernismo ha señalado una situación de rebeldía contra la forma anquilosada del tradicionalismo, y conquistado, activamente, el conjunto armonioso de un ritmo especial que el siglo acepta como la forma más ponderable de ejercitar la libertad de pensar, de sentir y de querer.

*

* *

Así pues, la antología de escritores representativos de América que ideamos ha de ser una consagración al "arte libre" que el modernismo erigió a manera de canon; y de esta suerte contendrá lo mismo y propiamente páginas escogidas de clásicos, de románticos—parnasianos y simbolistas—y de modernistas propiamente dichos. Un libro al estilo del de don Ramón Menéndez Pidal sobre los prosistas españoles y que bien podría iniciarse con una introducción sintética sobre la historia de la literatura en América. Pero, eso sí, una obra que sea la antítesis del "impresionismo", de la preconcepción, de la espontaneidad literaria,—entendiéndose por tal, esa manera vaga de apreciar las cosas como antecedente del concepto o del conocimiento, que a la sazón se usa, y que, en la forma y en el fondo, se aparta del reposo, de la precisión, de la elegancia, de la claridad, de la armonía; y lo que es más: de la efectiva libertad, norma de disciplina en los valores que se conceptúan eternos.

Porque eso es de verdad todo un problema. Más aún: una realidad fenoménica que constituye, en el

mundo y su civilización, un modo absurdo de comprender las cosas. Y no solamente en la literatura, en las ciencias y en la filosofía; en cuanto signifique comprensión intensa de los problemas actuales.

*

* *

Tristes reflexiones, en verdad, sobre el estado en que vivimos, nos inspira ver cómo y con qué menosprecio se miran los pecados y prevaricaciones que menguan los principios vitales de nuestra sociedad, y el sentido de lo que realmente es la expresión de la filosofía, de la literatura, de la ciencia y del arte. Hasta donde la luz es condición para vivir; donde unos pocos, esforzados en los afanes del bien social, marcan la pauta, señalan la ley y trazan el linde del bien hablar oral y escrito, ha llegado esa racha de falsa democracia que venimos viviendo. Es un hábito que hará sin duda, llegado el momento, la vivisección del alma colectiva, y lo que es más, el *trasmute* de los valores efectivos de la organización cultural. Verdadera afasia, si se quiere, que, poniendo en olvido las conquistas realizadas, activa algo diferente de la exactitud, de la proporción y de la belleza, patrimonio de las civilizaciones antiguas, imponiendo la indecisión, la irresolución, la incertidumbre, la inconsistencia, el fin lamentable de todo.

Estos por indignidad, aquéllos por flaqueza, los más por bien intencionada ignorancia, todos vienen cayendo en ese aguante, rayano en tontería, que consiste en hacer abandono de los campos del

espíritu. Las malas prácticas se adueñan de todo, y aquellos puntos reservados a los luchadores del bien, sienten ya, sobre su lomo, la huella del vulgacho que, a voz de audacia, a nombre de fuerzas nuevas y distintas, se llega ahí con su carga de malas enseñanzas. El empirismo sustituye a la ciencia, y la falsa versación al conocimiento. Al poeta lo suplanta el versificador, y al filósofo—al amante de la verdad—el inventor de sistemas. A la propia diligencia en el trabajo, que organizó otrora las ideas, la sustituye la ninguna solicitud en el mismo. El curandero invade los campos de la ciencia donde sólo el esfuerzo talentoso y concentrado del médico le es dado llegar. Y a la *expresión* literaria o artística se subroga la *efusión* vaga e inconsistente ¡de *sloppy*. En el campo de las leyes, lo propio: el leguleyo inescrupuloso y perverso, sin la más leve protesta de nadie, viene a alternar con el abogado de derecho, con el patrono, con el defensor, con el letrado, con el hombre de consejo. Y fijaos que decimos: “el abogado de derecho”, “el hombre de consejo”: que los hay titulados que no lo son, y no pocos que, sin títulos, lo son de verdad. . .

Todo por marasmo intelectual y por desidia; por mal entendida tolerancia de quienes deben y están obligados a velar por la sociedad y sus dones y a libertarla de males extraños a su especie. Tan peligroso es sin duda el poetastro que *perpetra* versos, como el que se las pasa inventando contradicciones del espíritu, paralogismos científicos, etc., que sólo conducen al sofístico pensar y al sentir vicioso. Asimismo: tan peligrosa es la obstinación

literaria que apela a sinónimos, palabras más o menos impropias, retórica más o menos trivial y manoseada, como el improvisado holgazán y distensivo. Más todavía: tan peligroso es el anticientifismo en ciencias y artes jurídicos, en prácticas y teorías, como el erudito que no *es*, a fuerza de ser otro. Peligros de los que hay que librarse en el más reñido y más imperioso de los combates.

El predominio de la sensibilidad y de la fantasía sobre la prepotencia racionalista proscrita por la Hélade antigua; la pasión del yo singular en ejercicio: esa impaciencia de nuestros tiempos por todo lo que significa supresión de obstáculos—sustitución de la intensidad por la velocidad—, ha de desaparecer o por lo menos encauzarse dentro de una manera más suelta, más humana y más conforme con el desarrollo medular de la vida.

Ved si no las tendencias futurista italiana y ultraísta española que actualmente se debaten; y decid si no es cierto que eso, antes que una forma de superación literaria, significa un movimiento subversivo derrocador de los credos y módulos peculiares del movimiento *modernista*, tan henchido, como sabéis, de intenciones estables y definitivas. ¿A qué punto han de llegar esas tendencias galiparlistas sino al desconcierto total de lo que ha significado y significa la buena tradición de las letras?

*

* *

Existen dos formas de error que los costarricenses sufrimos y que suelen confundirse en sus

alcances mediatos: "el tinterillo" y "la efusión periodística de la literatura". Tintirilleo (curanderismo en medicina!), por una parte, que alcanza sin duda a ciertos profesionales no preparados para hundir su quilla dos palmos bajo el haz de la ciencia legal y empirismo literario que cobija, por otra, a ciertos reporteros del día, que, al hacer literatura divulgadora, polemista y sentimental, están viviendo una época muy siglo XVIII, de absurdo retroceso.

En nuestro país como en Centroamérica entera los chapuceos jurídicos de algún escribiente de juzgado o alcaldía destituidos han resultado buena credencial para volver por causas ajenas o para inmiscuirse en la defensa del derecho particular. Y ¿qué importa que la probidad no apoye la cuestión, si tras ella va empujando un leguleyo hasta llevarla al "por tanto" de una sentencia favorable? ¿Qué los medios? El fin los justifica, y nadie se atreve a protestar.

No obstante, dentro de la moral específica de profesionalismo de abogado es menester que las inteligencias y los corazones se unan a combatir lo que vaya contra su misión reparadora, de justiciero concierto; y la mala fe y a la violencia deben ceder la rectitud y la razón. Gobernantes, magistrados y legisladores, que unidos trabajan en el orden de vivir la República, deben armarse contra esa lepra del gremio abogadil, que no por ser de un núcleo especial deja de interesar las funciones propias del Estado en sus reales alcances. El leguleyo invade la alcaldía, se hace ceder derechos en el Juzgado, re-

dacta leyes inconsultas, y bajo la capa del político profesional, escala puestos, coacciona jueces y sangra a la Nación. ¿No es ésta, acaso, una realidad lamentable? ¿Con qué derecho se hace y se ejercita? Con el derecho que impone el vivir: el vivir a toda costa y con los medios que la Providencia depara. Y así, venga la artimaña, la triquiñuela, la trápala; venga el detalle despreciable—cualquier cosa—a condición de impedir el avance científico del letrado. Un cómico es lo mismo que un leguleyo, ha dicho alguno; igual hace de moro que de cristiano. Enredos, embrollos; argucias, subterfugios, evasivas, suposiciones, todo va con el “tinterillo”; con el jurisconsulto no: él, si no puede elegir sus asuntos, por lo menos es dueño de escoger los medios para sostenerlos. Y sólo con la ciencia se pueden elegir esos medios. El leguleyo, que, natural, carece de ella, está obligado a ejercer el más vil de los oficios: el de engañar a conciencia, defendiendo una verdad equívoca. He ahí, entonces, el egoísmo disfrazándose de sinceridad y ocultando su torcido propósito bajo la apariencia de la virtud. ¡Farsantes y más que farsantes! . . . Y en esa forma se hacen cargo de todas las causas. Buenas y malas. ¿Qué importa? Únicamente el abogado—ha dicho un pensador—, el verdadero abogado: el jurisconsulto; el que determina el real sentido de una ley oscura, “sabe ser un confidente sin descender a ser un cómplice”. ¿Sabrá serlo el “tinterillo”? Lo que en verdad determina el mérito de un abogado no es tanto el número de asuntos que defiende, sino el de los que rechaza. ¿Rechazará algo el leguleyo? ¿Qué reputación ha de cuidar? ¿Hay algún oriente normal que mueva sus propósitos?

*

* *

Y lo mismo en tratándose de todos los estudios profesionales. ¿Qué es, si no, el curanderismo, el practicismo en arquitectura, el literatismo mediocre del escritor chafallón? . . .

Ved, por ejemplo, este último! Su juicio (si es que lo tiene!) privado de autonomía, ni inventa ni crea: simplemente relata. Su intuición, su visión espiritual de las cosas, nada descubre de la verdad que se esconde en ellas. Su palabra expresa: no significa. Dice: no concita. Su forma es el trotón sobre la pampa sin normas. Su estilo—el ampuloso estilo oratorio de su ingenua expresión—va con el ritmo precipitado de la vida. Y, cuando por desgracia, se reunen los dos, tinterillo que actúa y periodista que relata, ¿qué se puede esperar?

Ni la oportunidad, ni la novedad, ni la condensación de las ideas, que son las características a que pudiera aspirar el pseudo intérprete y conductor de la opinión pública; ni su fe en la democracia que explota constantemente, lo pueden salvar, si se aparta de todo lo claro, lo perspicuo y luminoso de la lengua y lo verdadero de las ideas.

*

* *

¿Terminará ésto, alguna vez? . . . Sí: cuando se sepa lo que es la ciencia del derecho, y esencialmente la justicia; lo que es el arte: lo que llamaba

Voltaire "el sentimiento pronto de una belleza entre los defectos y de un defecto entre las bellezas"; el comportamiento inteligente, el pensar recto y las pruebas ciertas de la verdad; lo que es la luz: la lógica de las ideas, la metodología de las mismas y sobre todo, los estados de conciencia trascendente que corresponde con esas situaciones. Y a tal cosa no se llega en los niveles inferiores del intelecto ni por medio de simples improvisaciones: se llega por la compenetración intelectual de los actos y los conceptos, y más aún, por el regreso a la serenidad capaz de producir el *hecho poético puro*, desprovisto de toda implicación emotiva. Llegará momento—quién habrá de dudarlo!—en que la inteligencia abarque "voliciones sin emoción" y "emociones sin conocimiento" y se extienda hasta los más sutiles estados poéticos,—ya que su tendencia es siempre a lo abstracto, a constituir la unidad, a establecer el equilibrio y la conciencia del arte. Recordad que en la física experimental del espíritu "cada palabra es un hecho, cada frase un análisis, cada libro una revelación más o menos amplia, del sentimiento y del pensamiento". La serenidad tiene que volver a imperar; el clasicismo volverá a abrir otra vez sus puertas a la realidad; y será un hecho efectivo, cuando en la ciencia, en el arte, en la filosofía o en el trabajo, desaparezcan las reglas sectarias de las clasificaciones: cuando no haya jerarquías que estatuyan la imposición de los valores ya admitidos por la escolástica de los siglos pasados; cuando haya quien, con alteza, demarque los nortes de la época con una visión clara, absoluta, inconfundible, y al

tiempo universal y concreta: nortes que miren lo mismo hacia el espíritu que hacia las realidades del mundo. Lo que es más: cuando se imponga, como una ley, una pedagogía idealista capaz de importar un cambio de los métodos de estudio y aprendizaje de las ciencias jurídicas, literarias, exactas y aplicadas, y en general del cultivo científico y disciplinado de las ideas y pasiones, entonces—pongamos por caso—ya no será la vida y milagros del Arcipreste de Hita o de Santa Teresa, las primicias del Derecho Romano, la balumba de reglas generalmente inútiles en la vida práctica, las teorías pletóricas de nombres raros de la ciencia oficial, lo que retórica y metódicamente se enseñe en los colegios y universidades: serán los resultados últimos de la crítica y la experiencia en el estudio de la obra literaria o científica: lo que experimentalmente dió una ley estética o social, una ley comprobadamente exacta en el medio y en el momento vividos, mediante el establecimiento de otras leyes físico-mecánicas aplicables; lo que es carne y resorte de una voluntad determinante y creadora, y más que todo ello, de una visión espiritual de quien aprenda.

*

* *

Esto no se conseguirá sino hasta tanto el concepto que de “la Libertad” se acepta, cambie; sea distinto del seco, materialista e inerte que hoy mantenemos. Pues decir Libertad, es decir ciencia y sabiduría: guerra al error, proscripción del empiris-

mo. Sabiduría y ciencia—ya lo hemos dicho!—es la finalidad del hombre en el mundo y tras ella van sus pasos. Si hasta ayer el hombre vivió actitudinalmente, tras de la huella de tres cosas singulares, religión, moral y arte, hoy sus pasos se dirigen hacia una forma del intelectualismo que consiste en el descubrimiento de lo que es y puede ser la verdad, mediante la apreciación libre y disciplinada, concretamente ejecutiva, de las cosas. Si para el hombre vulgar, todo en el mundo es apercepción desinteresada, meras actitudes verbales implícitas, para el hombre que medita, en cambio, todo es amor *interesado* en el descubrimiento de una verdad más elevada y exacta.

¿La Libertad? He ahí el problema! Su conocimiento conlleva una importancia real, porque en su actitud juiciosa de discernimiento, en su motivo y objeto, en sus demarcaciones exactas, está el afirmar el carácter de seriedad de la manifestación religiosa, moral y artística del porvenir,—en su principio, en su fundamento, en su desenvolvimiento, en la manera de ser una.

La forma sentimentalista, como se ha cantado la Libertad por quienes son sus esclavos, es uno de tantos *idola fori* del pensamiento actual. “Anda por ahí una filosofía que dicen ser la de los hombres fuertes, y no es sino la de los débiles que sueñan con una fortaleza de que carecen” dice el ilustre don Miguel de Unamuno. Otro tanto podría decirse de los que, creyéndose libres, no saben si lo son de verdad a fuerza de terminologías propias o definiciones aceptadas por la ciencia común.

Por ello, antes de pasar adelante, es nuestro deseo idear—hasta donde la abstracción lo permita—las cumbres fundamentales del problema; y exponer la apreciación que de la Libertad tenemos, como punto sobre el cual se eleva el miraje de nuestra fe intelectual, a efecto de sentar luego las conclusiones que en cierto modo ya hemos expuesto, sobre el concepto de la verdadera *disciplina* en el estudio de las artes literarias, en el propósito que ideamos de señalar cuanto en él decide, problematiza y logra de su proceso.

*

* *

Pero volvamos a la literatura y especialmente a la literatura americana.

La época clásica conquistó como ninguna el arte *libre*. No sólo en la serenidad y concreción definitivas que él tuvo: también en la feliz coincidencia de haber unificado el raciocinio, el sentimiento y la voluntad, en la feliz interpretación de las cosas. Ejemplo de ello, cualesquiera de sus obras: ¿Qué es entre nosotros el “Popol-Vuh”? El documento histórico más importante con que cuenta Centro América para demostrar al mundo su *libertad* y, sin duda, la más grande conquista de su genio. Aunque escrito en lengua quiché, surge a luz como genuina obra americana de carácter moral, y como representación intuitiva de un arte autóctono. Sepultado, pero no muerto, permaneció durante siglos; y no es sino hasta ahora que la inquietud de espíritu

de la post-guerra ha ofrecido, por contraste, un afán restaurador distinto, que ha tomado nombre de actualidad, en el anhelo de modernizar el problema de lo que llamaríamos los aborígenes teológicos de la raza. ¡Fijaos! En tanto el Viejo Mundo comprende el Universo *relativo*, el de Colón trata de olvidar las normas de la filosofía para intuir su verdad del equilibrio emotivo de las cosas: investiga en su prehistoria el axioma de la vida y sienta en sus leyes una comprobación científica exacta. Pero lo hace predertiminándose; señalando el tono de las circunstancias que él mismo activa.

Fuerza es decir, pues, al estudiar el "Popol-Vuh", cómo adquieren nota de modernidad y atractivo las civilizaciones de los Maya Quichés o Mejicanos del Norte, de los Caribes y Maipures en el centro y de los Aucas y Quichuas o Peruanos del Sur, y sobre todo de los Mejicanos y Peruanos; y de qué manera un monumento teológico y literario como éste se nos presenta ahora a modo de ejercicio de "actividad libertaria", no sólo en la forma arcaica de su realización: también en la ley interna de su concepto. De esencia y redacción originales, este código, al par que habla de la creación del Mundo, tal si fueran las suras de un Alcorán, comenta la civilización o mejoramiento de los hombres,—atribuyéndolo unas veces al Dios Supremo, y otras, a héroes o legisladores primitivos. Cuestiones que dan al "Popol-Vuh" importancia y modernidad reales y que ofrecen campo a la investigación como elemento complementario de cualquier reconstrucción histórica que se trate de hacer acerca del movimien-

to ideológico primitivo, y por tanto del ejercicio de su libertad de pensar. Descubierta y traducida por el P. Francisco Ximénez a fines del siglo XVIII, tiene para la América decisiva importancia por cuanto resuelve el problema religioso antecolumbiano y sin duda resolverá, cuando el caso llegue, la incógnita de nuestra *indología* y de nuestro arranque aborigen. Pero la tiene, asimismo, porque escrito en una lengua armoniosa, sus cláusulas ofrecen dato estético de un arte avanzado, efecto de un pertinaz idear y sentir y un esfuerzo de cultura metódica. Se ha dicho, por ejemplo, que el episodio de Hunahpu y Xbalanqué, aventaja en armonía, claridad y pulcritud, al griego de Platón, de Píndaro—el lírico—y de Teócrito; y eso dará base para sentar los puntos de una manifestación artística definitiva de la cultura americana.

El “manuscrito del Chichicastenango” espera un americanista versado en lenguas maya, quiché y nahualt; un cerebro sistematizador como el de Taine,—analítico, audaz y lógico—que al tiempo que ajuste su obra al arte, a la filosofía y a la ciencia propias, explique su exégesis y valor en tres tópicos singulares: raza, medio y momento. Alguien que establezca conclusiones sobre bases lógicas acerca del valor hierático y demótico de los idiomas; deduciendo particularmente la hermenéutica contenida en las enseñanzas esotéricas del “libro del pueblo”. Con eso se llegará a comprobar si en la América hubo o no autóctonos y si las lenguas primitivas que se hablaron fueron invento exclusivo—como se ha dicho—de una casta nacional o inmigrada.

Cuenta Centro América, para vindicarse ante el mundo civilizado desdeñoso, por lo virtualmente libre de sus concepciones y por la forma de su realización, con el Libro Sagrado de los quichés. Cuando de él se haga un estudio completo y comprensivo, quizás podamos pensar a la manera del orientalista . . . : “la civilización del planeta comenzó con la *raza roja* en América, hace cincuenta mil años, cuando aún Europa y Asia estaban sepultadas bajo las aguas del mar”.

Mas lo que interesa no es sin duda el valor literario del libro; y más que eso: el timbre estético de su literatura,—norma de clásica concepción ideal, para los efectos que indicamos y que ya tenemos señalados, sino la ponderación del “arte libre” y el más amplio ejercicio de sus métodos.

Pero sigamos nuestro análisis.

*

* *

Entre las tendencias de la antigua edad, representativas en América de las cualidades de esa peculiar fisonomía que consiste en expresar la idea, la imagen, el sentimiento, el espíritu, en la palabra única y mesurada que concierta las facultades del alma para dar proporción y claridad lógicas a las ideas y representaciones por un depurado orden y gusto, nada se señala en el Continente como el Inca Garcilaso de la Vega, el ilustre patriarca de la literatura peruana.

El analista cuzqueño realizó, en el aspecto gra-

matical y formal de su obra, en el medio en que se produjo, en el fondo idiomático y sentimental que se inspiró, esa forma discreta y parca, donosa y fina al mismo tiempo, que ha caracterizado la producción del Perú, Colombia y Venezuela, y que constituye, sin poderlo impedir, la índole propia y natural de su literatura. Recuérdelo si no el estilo lleno de gracia de Ricardo Palma, su discreto sucesor; y antes el de Felipe Pardo, en el primero de esos países, manifestación de una alma clásica más definida que la que insufla la literatura neolatina de España. Y recuérdenlo si no los estilos de Andrés Bello y del Libertador: éste, libertador de pueblos y naciones y al mismo tiempo de la literatura americana; y aquél, libertador literario. Sus talentos—mejor que otro alguno—supieron mantener libre de disconformidades de ambiente, la tradición peninsular; y supieron llevar, a cada pueblo favorecido con sus luces, lo que conservaba de fundamental la civilización europea,—salvando así, de esa forma, “los caracteres típicos y diferenciales” del alma americana. Legislador literario, ¿quién como Bello pudo dictar entre nosotros la regla de acción conveniente a la lengua originaria original,—en estilo armonioso y uno? ¿Quién supo elevarse al descubrimiento de los orígenes del romance castellano, a fin de fijar la porción que el medio propio tenía a su haber en cuanto se refiere al estudio gramatical del idioma?

En 1823 proclamaba ya la independencia espiritual en “silvas” clásicas y revolucionarias. ¿Tuvo alguno entre nosotros esa intuición? Para encontrarla es menester llegar hasta Baralt y Cuervo. Es-

critores que si no lo son propiamente en la acepción restringida del concepto, sí por su alcurnia intelectual y moral, en cuanto a filología castellana corresponde, en una forma eminentemente activa.

Mas no es la oportunidad de seguir señalando lo más genuino del clasicismo americano, sino lo eterno, perdurable y consistente, para los efectos de ponderar y concretar las facultades del alma, de regularizar las proporciones del arte, de establecer la lógica de los sentimientos, la representación de las ideas, el predominio de la razón, la pureza del gusto; en una palabra: aquello que ha realizado hechos mayores de bien entendida *libertad*.

*

* *

Pero como todo fenómeno humano sufre una reacción ofensiva, el clasicismo desplegó de un lado un movimiento subversivo o de transición y de otro un avance complejo, renovador e innovador al mismo tiempo. Tres fueron los movimientos anticlásicos que se presentaron en América, y por serlo, no por eso dejaron de tener corifeos distinguidísimos representativos de la más pura libertad de acción y de la más fecunda disciplina: el romanticismo, el parnasianismo y el modernismo.

Hablemos del primero, como forma militante y combativa, para decir luego, del segundo, lo que significa como tendencia benedictina; y de esa forma concluir, con el último, como la expresión más libre y acabada del arte en la época.

Cecilio Acosta y Montalvo son los genuinos escritores latino-americanos que realizan la transición clásico-romántica del Continente.

Acosta,—porque supo unir a sus virtudes la penetración cabal del idioma, en forma tal que, magnitud y fuerza, luz y contorno, calor y figura van unidos, sin faltar por ello la justeza necesaria de la frase misma.

Montalvo—el talentoso escritor ecuatoriano— es el tipo representativo del neoclasicismo en América. Es sin duda, el más ilustre que se haya dado en el habla castellana de estas naciones. Único en su género que, sin desdoro, puede hombrearse con el Manco de Lepanto en la sublime empresa de echar a andar a su loco incomprendido.

Escritores libérrimos los dios, apenas si le es comparable el más fuerte de todos: Domingo Facundo Sarmiento. En Sarmiento se ven, inconfundiblemente, los primeros brotes del *romanticismo*. Posee las cualidades todas de un escritor de raza; pero su prosa—ejemplo de un estilo libre, lleno de énfasis—es agua que anda como río del trópico llevando en su avance armonía niagarada. Y sin embargo es desesperadamente inimitable. El febril autor del *Facundo* adquirió del Libertador ese modo “de encarar los problemas de América” que muy pocos han tenido y que es sin duda revelador de una fuerza natural de espíritu como no es dado encontrar en otro alguno.

Mas con él hay que acoplar necesariamente a Alberdi, a Juan María Gutiérrez y a Hostos: tipos cuya actuación se señala en forma disciplinada y

efectiva en nuestra América. Ejemplo y dechado del siglo, son el prototipo de una forma independiente en política, en filosofía y en literatura; expresión de la romántica odisea que significó la Independencia, bien distinta por cierto de la ociosa y arbitraria tendencia de los románticos europeos, que fueron su antecedente.

Alberdi es el "Fígaro" de nuestro Continente y representa las condiciones de fortaleza y capacidad necesarias para levantarse sobre el escolasticismo romántico, en cuanto él viene a atemperar el vuelo libre del espíritu. Moderniza en cierto modo la prosa vernácula. Juan María Gutiérrez (reivindicador de una autonomía intelectual superior no vista entre nosotros), tiene la fuerza capaz de sustraerse a la autoridad del clasicismo y a la libertad romántica. Es de un inmenso valor, porque ello habrá de poner en solfa, luego, toda nuestra literatura. Y Hostos, que se activa buscando, en el análisis psicosociológico del medio, un arte genuinamente americano, significa sin duda lo más genial que haya dado en nuestra filosofía moralista. Cumbres del romanticismo que, sin llegar a las exageraciones de sus representantes del Viejo Mundo, destacan su individualidad libertaria con acción de presencia superior a las ideas posteriores que han ido presentándose. Estos escritores han preparado, puede decirse, el feliz advenimiento del *modernismo*: esa inquietud espiritual que, al decir de Max Henríquez Ureña, ha podido innovar, no en la buena tradición clásica española, sino en el espíritu romántico del siglo XIX. Partiendo del *naturalismo* litera-

rio y del *positivismo* filosófico en lo que ellos representan de generosos, ha realizado, en las letras, la pasión especialísima que conduce a la libertad de pensar y escribir en su sentido ideal, con la audacia más inteligente y factible pueda concebirse.

*

* *

La transición hacia el *modernismo* se debe señalar en un artista superior de la prosa y del verso: en José Martí. Su arte se eleva sobre la barbarie del "decadentismo" que en su época preconizaban algunos centros de nuestra literatura, como la más profunda libertad sintáctica e ideológica. Renovación, en punto a prosa, que habrá de darnos, después, lo que se ha llamado el nuevo estilo: el estilo que—al decir de un crítico erudito—"deja de ser el *hombre* para ser más definitivamente su intelectualidad, aislada de su personalidad, en cuanto ésta sea obstáculo para la justicia y la pureza de la expresión". Forma que, refinada y traslúcida, ha de ser **exponente** de la escuela parnasiana y ha de manifestarse en tres grandes escritores de América: José Enrique Rodó, Manuel Díaz Rodríguez y César Zumeta; y con no menos brillo, también, en el malogrado Carlos Arturo Torres y en Francisco García Calderón, el ponderado y ponderable maestro peruano. Son todos ellos representantes de la prosa ideológica y valores los más efectivos de la lengua armoniosa, exquisita, de selección en sus recursos artísticos, que ha surgido entre nosotros y

que ha dado en Costa Rica un valor evidente de escritor y poeta: Rafael Cardona Jiménez.

En Cardona se delínean las manifestaciones más definidas de la actividad *parnasiana* entre nosotros. La honda renovación de espíritu que tras el romanticismo elevó la libertad de pensar y expresarse, trajo a luz, sobre el terreno de las realidades, a este artista que, abandonando las limitaciones de los innovadores del siglo XVIII, se ha activado en ese afán de revivir los clásicos valores de la edad de oro mediante la interpretación personal, muy suya, y por medio de la aplicación de los principios que sentó el Renacimiento italiano y la Grecia platónica y eterna. Sus versos y su prosa llevan en sí la distinción que los sitúa fuera del alcance cerril de los preceptos al uso. Fué por eso, cuando surgió, que alguno le dijo "cerebral" e imperceptible; pero a la verdad, igual entraron bronce y marfil, plata y oro, en la divina confección de sus estatuas.

Su labor está delineada: veces es el artista que canta: el artificio desaparece al confrontar en la forma la vistosa analogía de las ideas. Veces, es el artista el que piensa: el fondo conceptual se ilumina y anda y fantasea en sus estancias de cristal. Más siempre—en la extensión de sus fracasos y sus glorias—es el artífice el que vive! . . .

Ved su obra! Unos comentarios sobre el Quijote: "acotaciones y quijoteos" como él los llama. Ahí tenéis al prosista fácil, disciplinado y profundo, y sobre todo, al parnasiano.

Hablar del Quijote o comentarlo en estos tiempos es un intento que delinea dos situaciones: o se

ejecuta un anacronismo injustificable o se realiza una obra de aliento. Tanto se ha dicho del noble y santo caballero de la Triste Figura en esta Arcadia de las letras cervantinas, que todo parece agotado. Pero Cardona sí ha traído algo a la verdad de las cosas, a la meditación y al estudio! . . . Un modo de inducir y deducir diferente de las glosas usuales y que vale la pena estudiar.

La síntesis de Hombre que el glorioso Manco puso a andar sobre la tierra, tiene para él un sentido trascendente especial: si todos ríen del monigote sublime, es para llorar de las monadas que animan las risas de cada quien. La tragedia está ahí! . . . Debajo del reír, hay llanto infeliz. Para reír de don Quijote hay que apretujarse el corazón. Las glorias de otrora se esfuman y se van; y la risa, día a día se ausenta del mundo! Son cosas del adelante de todo, pero realidades al fin. El reír y el llorar! . . . Todo es cuestión de luz. Lo dice el poeta.

Eso de que Don Quijote ha salido de nuevo en andanza por los eriales del mundo justificando otra vez su locura, es cierto! Lo que significó de antes el desinterés, el arrobamiento y la emoción *superfluos* del viejo genial, es ahora el fundamento de la vida. Ha llegado la hora del pensar y del saber trascendente. Tras la balumba de las filosofías, el mundo se exalta por un *test* de la inteligencia y una forma de meditación diferente. Y todo va, tras los pases del insomne Caballero, hacia una transformación total.

Sin radicalismos proclama el poeta y escritor

una idea que salvará a hombres y naciones. El dice por ahí: "Con el ejercicio y desarrollo de la capacidad intuicional habrá de modificar (el hombre) el asiento intelectualista de la filosofía, que ha sido el mayor error *de toda la historia*. Ya no habrá que proceder por *asociaciones de ideas*, de palabras, de géneros, de categorías, en fin; y lo que distingue el intelecto de las demás funciones es precisamente la *asociación de ideas*. Por el contrario, la intuición impone la dirección diametralmente opuesta: *la disociación de ideas*, no la antigua abstracción por series y motivos, sino la contemplación persistente de una imagen, exclusiva, única y preponderante, hasta que toda la sensibilidad *se convierta en la cosa misma*". Pues bien: esa manera es la forma de meditación que debemos seguir sin duda en nuestras prácticas diarias: disociación de ideas que nos llevará a una verdadera totalidad concepcional, y sobre todo, a un nuevo plan educativo que consiste en conseguir el equilibrio ordenado de la emoción.

El ideal, pues, ¿cuál es? . . . Don Quijote en acción! Don Quijote "benévolo con los ignorantes, benigno con los culpables, sereno ante los fuertes, elocuente ante los comprensivos, majestuoso ante los altivos, desdeñoso con los majaderos . . .".

El libro de Cardona es revelador, y como tal trasfigurante. ¿Se le apreciará de veras? La vida y el tiempo lo dirán . . . Entretanto, Poeta: por tí primero; después por quien te sepa comprender sin envidia!

*

* *

Pero dejemos a Cardona y busquemos, dentro del *modernismo* americano, los prototipos de la prosa vernacular y auténtica. Tenemos necesariamente que nombrar a Manuel González Prada y a Rufino Blanco Fombona. Quizás a Barrett, a Juan Vicente González y a alguno otro. Prosa que es resultado de una observación detenida del medio social en que vivimos: mezcla singular del español, del indio y del negro; audaz, penetrativa y con una alma virtuosamente dramática. No se presenta en nadie como en estos nombres preclaros. En ellos está la América nuestra! . . . Ahí estamos todos. Todo eso es América, y con tal representación tenemos que vindicarnos ante el mundo.

Manuel González Prada es el prosista por antonomasia del Perú,—pese al conservatismo del medio que lo vió nacer. Su prosa “es un torrente que se desmelenan de roca en roca . . . Pero hay, en su espontaneidad, *estudio* y disimulo de esfuerzo. Es decir: arte de buena ley” y Rufino Blanco Fombona, quien, por su vigor y decisión representa el alma pujante de la raza dentro del naciente concierto americano, es “por sus admiraciones, por la exquisita y sobria variedad de sus gustos, por la ubicuidad de su cultura, por la arrogancia de sus actitudes, por su fe en nuestras cosas y nuestros hombres, por su bizarría y por su gloria” el escritor más *libre* del *modernismo* americano. Y lo es porque es el menos *ornamental*; el menos retórico; el más hombre de todos. Blanco Fombona y González Prada andan con la vida y la realizan firmemente, sin que haya en su trayecto nada “que les pese en su corazón”.

Los campos, pues, están floridos y un aire primaveral invita a trabajar! Nombres no faltan al entusiasmo del maestro y del discípulo. Pero la idea está ahí—bandera de combate—esperando la mano que la quiera empuñar . . . !

*

* *

Bien. Esa prosa vernacular, no es sino el producto de una *disciplina* bien llevada que consiste “en la ponderación y el concierto de las facultades, en la regularidad de las proporciones, en la claridad lógica llevada hasta los sentimientos, en la nitidez de las representaciones e ideas, en el predominio de la razón analítica y discursiva y de la imaginación plástica; y como consecuencia, en el orden y aseo del lenguaje y en la pureza del gusto”. Disciplina contra el individualismo romántico o el decadentismo, que no ha sabido librarse de la falsa espontaneidad que el desahogo áptero de ciertos escritores ha traído con el siglo, y que es sin duda una reacción inteligente, prospectiva, capaz de mirar hechos, fenómenos y datos “radicados en el comportamiento pretérito del sujeto” y no en el ejercicio de la espontaneidad mantenida sencillamente en la historia del objeto.

Independencia y libertad, pues, es la proclama,— y tras ella habrá que conquistar las tres facultades del alma: la razón, la sensibilidad y el heroísmo voluntario. La espontaneidad, el empirismo, la sinrazón que predominan, son ajenos a toda organiza-

ción racional, emocional y heroica de trabajo, porque su conducta perceptiva es una simple posibilidad emergente. ¿Independencia y libertad hemos dicho? Verdadera disciplina, acción voluntaria hacia la eterna justicia, relación comparativa y total de las cosas. Eso tiene que ser el refugio acogedor! En ello enmarquemos las categorías intelectuales del hombre: la inteligencia que asimila, el ingenio que flexibiliza, el talento que organiza y el genio que crea.

Venga a nosotros la inteligencia de Sanin Cano y Pedro Henríquez Ureña, con su razón erudita, algunas veces previsoras! El ingenio de Ricardo Palma y de Leopoldo Lugones, con sentimiento y razón combinados en sus impulsos! O el talento de Montalvo y de Rodó, con su razón voluntariosa, eminentemente consciente en sus percepciones y preconocimientos! Bien venga a nosotros, asimismo, el genio de Martí, Bolívar y Sarmiento, con su vertiginosa actuación en torno a las tres vivientes facultades! Bien vengan todos—inteligentes, ingeniosos, talentosos o geniales—si tras ellos va empujando una razón consciente, una sensibilidad emocional, una actuación heroica de trabajo, en un amplio ejercicio de libertad y disciplina, tras la expresión del arquetipo, norma universal y perfecta, intuición firme de un tema ético y estético. El ideal está en ese intangible donde todo se anima y se crea: palabra, frase, símbolo, categoría y sistema.

Ahora bien: ¿pensó alguna vez el romanticismo, en su afán de ir contra toda fijeza, que, pasados 50 años, volvería al espíritu la serenidad en función

del interés abstracto del conjunto? La belleza eterna de la forma, el equilibrio, no entró en sus cálculos. Siempre creyó que su revolución sería definitiva, habida cuenta de que lo clásico era producto de una época de alta civilización ya muerta. De ahí que, cuando la post-guerra trajo a luz el ajuste de los residuos caquéticos existentes y la superación de los credos y módulos peculiares de su caracterizado movimiento, surgió lo que ahora venimos palpando: la conciliación. Lo clásico y el arte llamado moderno, en un orden singular: de un lado tocando la organización social en que se vive; de otro palpando el arte que se experimenta. La inteligencia, en medio, valorándolo todo y poniendo en juego las normas eternas ya olvidadas, para fijar la expresión de un nuevo clasicismo. ¿Cómo? Con una concepción más real de las cosas y una compenetración más ideal.

*

* *

Pero ¿quién o qué dará la ley del individuo? . . .

La palabra: la palabra libre en las personas, en el número, en el tiempo, en el modo, y más todavía: en la voz.

Y ¿qué es lo que constituye la palabra libre? ¿Qué la libertad? ¿Cuál su disciplina y el arte nato que la pondera en el espíritu?

Como condición ineludible de la naturaleza humana, la Libertad se ha planteado distintamente, con una u otra significación; pero su estudio ha

llevado, al pensador y al artista, a resultados en cierto modo uniformes y a conclusiones fijas e iguales. Todos han declarado sin variación, que es (si de definirla se trata) la facultad de hacer o dejar de hacer; y todos han dicho—con más o menos ostensible firmeza—que su ausencia comporta el fin de la personalidad. Mas, cómo nace y se desarrolla; es cuestión que debemos concebir al idear su *existencia* propia y natural desde luego . . . Eso no lo veremos, no obstante, como hecho o como concepción, en tanto no se determine—como dice la filosofía—“si estamos subordinados a los motivos”, “si somos esclavos de los motivos”, o si nuestra voluntad también lo es. ¿Motivo? En filosofía se entiende el hecho, anterior u objetivo, las ideas y conceptos; o generalizando: los estados subjetivos por los cuales el *ego* aprecia aquéllos y éstos. Un ejemplo justificará la cuestión. Es un ejemplo calcado en Vaz Ferreira, pero que hará, con mejor luz, esclarecer cualquier duda, ya que, en el símil que implica, hay más de una enseñanza y más de una emoción.

En una selva oscura, pues, los cazadores se encuentran, en un momento dado, con un tigre; y en tanto que unos huyen, otros afrontan el peligro. Pues bien: ¿qué hizo a unos huir, y a otros no? . . . La percepción del tigre; no sería raro, que el razonamiento que hicieran a consecuencia de esa percepción: el peligro, la ferocidad, etc.; o bien el estado subjetivo en general. Así, pues, el problema de “si estamos subordinados a los motivos” enunciado en primer término, no es otro que el que hallamos al preguntarnos si dependemos en absoluto del mun-

do exterior; y el de "si somos esclavos de los motivos" (o por lo menos lo es nuestra voluntad), no es otro que el que encontramos al interrogarnos si somos esclavos de nuestras ideas o raciocinios o si propiamente de nuestra personalidad intelectual.

De esa situación surgen dos tesis: una, la de la libertad en sí misma o del libre arbitrio o *indeterminismo*,—en que el hombre es capaz de ejecutar lo que quiere, sin motivo que lo determine. Mejor dicho: en que el hombre puede elegir entre dos acciones contrarias sin ser determinado por ningún imperativo; en que produce voliciones, *inteligentes* y *contingentes*, y en que obra por sí mismo; causa directa de todos sus actos. Y otra, la del *determinismo*, o sea la del mal llamado fatalismo,—en que el carácter del hombre es invariable y permanece el mismo por toda la duración de la vida; y aún más: en que el carácter individual es innato, que las virtudes o los vicios son cosas innatas . . . Afirmaciones rotundas en este último caso, que excluyen toda influencia educacional, y en que el hombre, quiera o no, se constituye en esclavo. Tesis de Schopenhauer, que ahora ha venido a combatir, entre otros, Enrique Bergson, situando en campos opuestos dos concepciones contrarias: de un lado la espontaneidad en el acto que ejecuta el yo, resolviéndose en inercia, y de otro, la libertad resolviéndose o no en un estado de necesidad absoluta.

*

* *

Pero no es el caso de entrar en distingos, sino de indagar las ideas y condiciones que nos elevan, como estudiantes de la Vida, a la *liberación* del yo en el ámbito de nuestra particular filosofía espiritualista. De esa liberación depende el modo universal de realizar la vida, todo cuanto integra y presupone el mundo, y, en consecuencia, de conseguir la verdadera *disciplina* que nos pone sobre el azar, la arbitrariedad y el capricho que constituyen al *empirismo*, la espontaneidad, el predominio de la sensibilidad y la fantasía sobre la prepotencia racionalista, al modo de fuente de emoción estética.

Desde el instante en que sentimos que el espíritu vive en sí mismo una realidad que ha recibido de la Naturaleza, y el cuerpo vive por el espíritu que lo anima, apreciamos que, con objeto de cumplir el fin para que fuimos creados, nuestro cuerpo necesita activar sus sentidos del mismo modo que el espíritu ponderar las potencias que le son inherentes. Así comprendemos, de forma inmediata, cómo nuestros órganos tienden a organizarse en vida natural por medio de nuestras facultades activas. ¿Con qué propósito? Con el de expresar la belleza, y hacerlo con vislumbres de realidad sin cambio.

Más, ¿cómo llegamos—nosotros: pecadores, empíricos o esclavos; hombres de sentimiento inmediato y espontáneo al Sendero? ¿Cómo llegaríamos a lo que constituye la Luz,—en concreto, la senda que buscamos?

La *creación realizada* es la meta de nuestras actividades y marca el *finalismo* real de nuestro espíritu. Para llegar ahí, fuerza es *meditar*, *contem-*

plar y activarse. Conocer, mediante el enlace lógico y sereno de los razonamientos, la Verdad única, o aprehenderla, de un modo absoluto, como amable intuición; y cuando el Gran Todo entre en nosotros con su inefable ondular, desasirnos sin inquietud en el Abismo, volar con valor y obtener—mediante el desarrollo de la voluntad o la práctica de las virtudes—nuestra identificación con el Plan Divino . . . Eso sí, bajo la idea de colaboración, de alianza y de conformidad.

He ahí la ruta por donde el alma llega a la visión exegética del Todo y que no es otra que el sendero cierto de la liberación interna.

*

* *

Es posible que nos hayamos inspirado en un desarrollo que, por su cuantía y calidad específicas, es superior a los alcances propios de nuestro entendimiento y a las ideas y conocimientos de que somos poseedores. De todas suertes, es justo activarnos en esa situación de suyo elevada, porque tratamos de dar culto a la verdad y valor al acierto, en cuanto al problema que contemplamos y al interés mediato o inmediato que supone su solución.

Pues bien: actos determinados o indeterminados podrán realizarse o no a voluntad y bajo esencia y potestad de elegir, pero siempre como una finalidad de bien y como un objeto de supremo avance. ¿Podrá el empirismo, el impresionismo, la ligera realidad contemplativa del momento, obtener

propósito tan cabal? No. Que como el entendimiento cuando deduce alguna conclusión no contenida en las premisas cae en el *error*, de idéntico modo la voluntad, si quiere ser efectiva, ha menester de no emplearse más que para el bien y sin limitación alguna que no sea a efecto de elevarse a la percepción de lo divino, infinito y absoluto de la vida.

Para la razón que medita, ¿qué es el bien? . . . ¿No es acaso Dios mismo, ¿La luz, la verdad y la vida? Nadie alcanza a iniciarse en la eterna virtud de su fuero si no es por las mismas veredas de la meditación suprema en que Él es *suma y verdad*. Tres son los medios de que dispone el espíritu con el fin de realizarlo—dice la filosofía de todos los tiempos—: la Caridad como enseñanza y auxilio propio y del prójimo; la Esperanza, sin cobardías de que el producto no predomine como verdad única; y la Fe, que perdura indefinidamente, con su luz propia, en la absoluta perpetuidad de nuestros pasos.

*

* *

¿Llegaremos alguna vez, a la suprema liberación interna, a la absoluta serenidad de espíritu y a la irrestricta libertad de expresión? . . .

Hubo una vez en que las virtudes se hicieron forma y amable razón de un Buda justo y misericordioso. Ante el mundo, el casto Rabí de Nazareth vino a decir la buena nueva de una doctrina de abnegación e igualdad infinitas y a ponderar con su ejemplo los nobles atributos de la fraternidad

humana. Vino con él, para consuelo de todos, el abandono amable de la salvación, como una faz explicativa del divino misterio. Cristo no llegó a predicar como luego se ha dicho, el absurdo luminoso de la resurrección de los cuerpos, ni mucho menos a extasiarse con fácil filosofía, en el débil esfuerzo de una sola vida terrestre: vino a inventar, a establecer y a vivir—sobre el Buda Gautama y los grandes reformadores morales—nuevos mirajes de amor y nuevas formas de dicha, nueva esperanza ideal y nueva fe; a traer, sobre todos ellos, un factor revolucionario diferente: una reforma especial a la sagrada enseñanza del Karma, que otorga, tras el progreso o retroceso indefinido de las acciones buenas o malas a través de las transmigraciones, el poder de la misericordia; “la misericordia que, aun a pesar de nuestra debilidad, nos restituye a la gracia”—como apunta Vasconcelos; es decir, a un estado en que se vuelve eficaz el esfuerzo para alcanzar lo divino . . .” Pues bien,—mirad su enseñanza! En ella encontraréis, a más de misericordia, el principio fundamental de la liberación. Un día el Maestro dijo al pecador: “Porque mucho ansiaste, porque mucho amaste sincera y desinteresadamente, por eso eres salvo”. ¿Lo véis? Proclamó con ello una verdad y un culto: el amor a la Libertad, infinito, vehemente e ideal; y el amor propiamente dicho, en todos los actos de la vida. La Libertad representa en la energía cristiana su más fecunda manifestación. Si erige el reinado de la generosidad en la absolución de las grandes faltas que ha expiado el dolor, exalta en cambio la transfigura-

ción espiritual que eleva el sufrimiento. Cuando la pecadora recibe de Jesús el perdón, es porque en el fondo de su alma nació una verdad para su vida: la verdad de su iluminación! . . . Aquella mujer que no era nada en el mundo—comenta Vasconcelos—pudo saber que, por motivo de su dolor, se había fundido en lo divino, y podía dejar de ser *ella* para llegar a ser nada menos que el *Padre* . . .

Iluminarse es hacerse libre, realizarse dentro del bien. La vida está ahí! Conquistemos nuestro reino interior, así sea a tajos y mandobles; que día llegará en que la ignorancia, la superstición y el fanatismo desaparezcan del haz de la tierra,—y entonces, la intolerancia no comentará atentado, la violencia dejará de ser la intuición carnal de los sentidos, y la esclavitud se trocará en dignidad, trabajo e instrucción. La piedra bruta (en una filosofía vasta y arcaica que hoy se practica) cederá al cincel de los obreros y se hará fecunda; y ahí donde el granito fué duro y estéril—con la tierra del viento y el agua de nuestros ojos penantes—crecerán árboles, cuajarán flores y se darán frutos. Los excesos del poder eclesiástico, las exacerbaciones del sentimiento religioso, retardatarias del impulso natural de la conciencia, serán reprimidos; y lo que ha sido la oposición entre el dogma y la filosofía y lo que son los conflictos radicales de la teología y la ciencia, el empirismo y la especulación idealista y metafísica, la efusión y la expresión, la espontaneidad y la disciplina, terminarán para siempre. Día ha de llegar en que eso se realice,—así seamos los crucificados de un nuevo madero del caído . . .

Entonces,—la verdad nos hará libres; la paz nos hará satisfechos; el amor nos hará nobles, y la tolerancia (la cristiana tolerancia del “Perdónalos, Padre mío, porque no saben lo que hacen”) nos hará puros y salvos!

EPODO

He ahí el problema! Al contemplarlo, surge otra vez la conclusión extremista de Scheler: “El hombre es un animal que ha enfermado, o al menos un animal que, en cuanto a adaptación orgánica y, más aún, a la capacidad de adaptación, se ha quedado atrás respecto de sus compañeros de la especie más próxima”. El hombre es un *dilettante* de la vida. Es inculto: carece de una *idea* superior de humanidad, de un concepto de humanización. Le falta “estructura” personal para valorar definitivamente las cosas; y antes que culto, es erudito o investigador. Posee la polimatía o el mimetismo de todo; romantiza ideas; pragmatiza la vida. Pero, no es . . . : no intuye, no piensa, no concibe, no valora, verdaderamente, las cosas contingentes del mundo.

Ahora bien: hemos llegado a tal concepto, precisando la personalidad definida y autónoma de la literatura hispanoamericana como conjunto coordinado de producciones independientes entre sí y señalando los factores en que su creación se ha destacado como fuerza determinante. Cierto es que debimos estudiar el escenario o medio físico con más detenimiento, el agente o elemento étnico o social con más cuidado, el instrumento o factor idio-

mático con más especificado criterio . . . ; pero, si no lo hicimos, llegamos a concluir, por lo menos, que la "espontaneidad" y la "disciplina" son el mayor problema de la vida. Saber si el hombre es una máquina dirigida por las fuerzas divinas en un determinismo cuyos resortes no se alcanza a precisar, es lo que urge ver seguramente; si al contrario, es una individualidad responsable de todos sus actos, capaz de producir por sí su propia interpretación y la del mundo en que habita, o si es un esfuerzo espontáneo de sí mismo. Si el hombre es una máquina,—su responsabilidad está fuera de su destino y pertenece a los resortes del plan universal del ser; si no, tiene no sólo el derecho, también el deber de disciplinar los resortes de su personalidad. En este caso le compete sentirse responsable de su disciplina o indisciplina interior, y por tanto, es su deber combatir la ausencia de escrúpulos que se observa en las sociedades modernas en la realización de todos sus actos.

Cabe, en todo caso, al hombre discreto, pensar y actuar como si fuera una entidad disciplinante capaz de enderezar los infinitos rumbos de la vida. Es sin duda la actitud más noble que pueda tomar, puesto que es la más difícil y la que pide mayor cantidad de atención y mayor potencia de esfuerzo.

*

* *

En cuanto a nosotros se refiere, hemos de convenir que la cultura occidental nos ha llegado

con la herencia de enormes pecados sociales. Preciso es señalarlos concretamente, con objeto de controlar la falta de disciplina y de irresponsabilidad que en ella existe. La literatura, en su sentido más lato, es sin duda la fuerza que debe plantear y resolver, en su mejor parte, el problema.

Recordad la historia de nuestras letras. ¿Qué ha ocurrido? Al período épico-dramático de los siglos XVI y XVII que ofreció con la conquista sus primeros brotes, siguió el período lírico, filosófico y revolucionario que, al acentuar el romanticismo, vino a concluir con el concepto fijo y decisivo de lo clásico. Pero a ese período siguió la época que Raimundo Lazo ha llamado "dramática-social": tiempo especialísimo en que el escritor "ya no se ciñe a lo pintoresco—fauna, flores, tradiciones, paisajes y costumbres—sino al contrario, tiende a crear obras comprensivas de los diversos aspectos de su realidad continental e inspiradas en sus graves problemas humanos". Moderna situación de las letras que, si resuelve en gran parte el problema continental, no soluciona en nada sus cuestiones. Pues cabe preguntarse, primero, si puede nuestra América plantear el problema de su cultura y resolverlo con un cuerpo de intelectuales irresoluto e inculto como el que tiene. Puede preguntarse, después, si es posible que haya verdadera cultura en el trabajo frío de nuestros eruditos que se hacen llamar intelectuales: si es posible aspirar a ser cultos sin un fundamento filosófico profundo; y si están nuestras escuelas, colegios y universidades, dirigidos de modo que nuestras generaciones sean capaces de apre-

ciar siquiera los principales movimientos filosóficos del mundo. Pues qué! ¿No se advierte, en la inmoralidad de nuestros políticos, una ausencia total de direcciones humanistas? . . . ¿Podrán, de ese modo, en consecuencia, hacer uso de su libertad y sus poderes?

La espontaneidad libre no es un arma que pueda emplear para civilizarse un pueblo sin disciplinas,—menos aún, un pueblo que apenas si es espontáneo como el latino-americano.

*

* *

¿No debe explicarse—maestros, políticos!,—frente a la antología americana de prosistas y poetas que proponemos realizar, a nuestras juventudes desaladas y tristes, el fenómeno de la espontaneidad y la disciplina, del modo que hemos esbozado en estas páginas? ¿Seguiremos monótona e inconscientemente lanzando a esas juventudes a la pampa sin rumbo?

DE LA ADMINISTRACION

Todo lo relacionado con la parte administrativa deberá gestionarse directamente con la señora NINA MORA DE JIMÉNEZ, Administradora de la Revista.—*Palacio Nacional.*

LA DIRECCIÓN